

Cuatro poemas de Robert Lowell

Presentación y traducción de Juan Carlos Calvillo-Reyes

A veces considerado el poeta de mayor trascendencia en lengua inglesa durante la segunda mitad del siglo veinte, y ciertamente conocido por la creencia en una poética que deriva de la experiencia privada el escrutinio y tratamiento crítico de temas antes censurados o prohibidos, lo cierto es que la verdadera magnitud de Robert Lowell radica en la abrumadora diversidad de su escritura, en su constante disposición de reinventarse a sí misma. La poesía de Lowell, heredera rebelde de una primera generación de vanguardias estadounidenses, enfrenta a cada momento, además, el problema que supone darles continuidad a los logros artísticos de las intimidantes figuras de sus antepasados: Robert Frost, T. S. Eliot, Ezra Pound, William Carlos Williams y Wallace Stevens.

Lowell comienza su carrera literaria con un intento de representar la crisis espiritual de los años cuarenta por medio de una poesía altamente intelectual, interesada en la complicación deliberada de la estructura del poema, que arraiga su fuerza en el extraordinario manejo del ritmo y la rima. En la década de los cincuenta, sin embargo —influenciado en parte por el rechazo general del formalismo de Eliot, en parte por la búsqueda de un retorno a las cadencias y paradigmas de Whitman, y en parte no menos importante por el desasosiego y el caos de su vida marital y mental—, Lowell emprende la escritura de una poesía asombrosamente personal, que, sin la menor reticencia, recurre a los detalles íntimos de la cotidianidad del poeta —el abatimiento, la enfermedad, la sexualidad, la demencia— para tratar, con inesperada honestidad, los temas triviales y los reconocimientos fugaces que, en efecto, constituyen la experiencia humana.

Además, pues, de la invención de un género “confesional” en el que habría de presentarse como figura paterna para toda una generación de poetas como Anne Sexton y Sylvia Plath, Lowell escribió poesía cada vez más pública y tradujo un volumen de Imitaciones durante la agitada década de los sesenta. El trabajo que llevó a cabo a partir de entonces, y hasta la fecha de su temprana muerte en 1977, incorpora rigidez y libertad, la historia pública y la privada, lo pasado y lo presente, en un afán incesante de hallar, como escribe Frank Parker, “la unidad en sí mismo y la unidad en el mundo”. Poeta épico tanto en registro como en alcance, escrupulosamente autocrítico y, sin embargo, afirmativo por cuanto el dolor y la oscuridad conducen a una renovación de la comprensión y el entendimiento, Robert Lowell brinda una poesía en la que, “con la gracia de lo certero”, se funden el ser, la conciencia y el arte.

The old flame

My old flame, my wife!
Remember our lists of birds?
One morning last summer, I drove
by our house in Maine. It was still
on top of its hill -

Now a red ear of Indian maize
was splashed on the door.
Old Glory with thirteen stripes
hung on a pole. The clapboard
was old-red schoolhouse red.

Inside, a new landlord,
a new wife, a new broom!
Atlantic seaboard antique shop
pewter and plunder
shone in each room.

A new frontier!
No running next door
now to phone the sheriff
for his taxi to Bath
and the State Liquor Store!

No one saw your ghostly
imaginary lover
stare through the window
and tighten
the scarf at his throat.

Health to the new people,
health to their flag, to their old
restored house on the hill!
Everything had been swept bare,
furnished, garnished and aired.

Everything's changed for the best -
how quivering and fierce we were,
there snowbound together,
simmering like wasps
in our tent of books!

Mi viejo amor

¡Mi viejo amor, esposa mía!
¿Recuerdas nuestros catálogos de aves?
Una mañana, este último verano,
pasé por nuestra casa en Maine. Seguía
en lo alto de su colina:

ahora salpicaba la puerta
una espiga roja de maíz indio.
La Antigua Gloria con sus trece barras
colgaba de un mástil. Las tablas de madera
eran rojo viejo como el rojo de una escuela.

Dentro, un casero nuevo,
una esposa nueva, ¡una escoba nueva!
En cada habitación brillaban
objetos de peltre y rapiña
de anticuarios sobre el litoral atlántico.

¡Una frontera nueva!
¡Ya nadie corre a casa del vecino
para llamarle al sheriff
y tomar un taxi camino a Bath
a la tienda de licores del estado!

Nadie ha visto a tu amante
imaginario, fantasmagórico,
mirar por la ventana
y apretarse
la bufanda en torno al cuello.

¡Salud a la nueva gente,
salud a su bandera, a su vieja
casa restaurada sobre la colina!
Vaciaron todo y lo escombraron,
lo amueblaron, guarnecieron y ventilaron.

Todo cambió para bien:
¡cómo temblábamos, qué feroces solíamos ser,
ahí, aislados por la nieve y juntos,
hirviendo a fuego lento como avispas
en nuestra carpa de libros!

Poor ghost, old love, speak
with your old voice
of flaming insight
that kept us awake all night.
In one bed and apart,

we heard the plow
groaning up hill -
a red light, then a blue,
as it tossed off the snow
to the side of the road.

Pobre fantasma, mi viejo amor, habla
con tu antigua voz
de ardiente clarividencia
que nos tenía despiertos la noche entera.
En una cama y distantes,

escuchábamos el arado
rugir cuesta arriba:
una luz roja, luego una azul,
al tiempo que lanzaba la nieve
a un costado del camino.



Ofrenda escita (2019). Litografía con intervenciones en acuarela: Kena Kitchengs.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

my ill-spirit sob in each blood cell,

as if my hand were at its throat. . . .

I myself am hell;

nobody's here—

only skunks, that search
in the moonlight for a bite to eat.

They march on their soles up Main Street:
white stripes, moonstruck eyes' red fire
under the chalk-dry and *spar* spire
of the Trinitarian Church.

I stand on top
of our back steps and breathe the rich air—
a mother skunk with her column of kittens

[swills the garbage pail

She jabs her wedge-head in a cup
of sour cream, drops her ostrich tail,
and will not scare.

sollozar a mi espíritu enfermo en cada célula de

[la sangre,

como si estrujara con la mano su garganta...

Yo mismo soy el infierno,

no hay nadie aquí;

zorrillos, si acaso, que buscan
un bocado a la luz de la luna.

Marchan sobre sus plantas por la calle principal:
franjitas blancas, el rojo fuego de ojos lunáticos
bajo el cubierto terroso y el chapitel
de la Iglesia Trinitaria.

Me quedo en lo alto

de la escalinata trasera y respiro el aire intenso:
una zorrilla con su columna de crías bebe del

[bote de la basura.

Entierra la cuña de su cabeza en un tarro
de crema agria, baja su cola de avestruz
y no se espanta.



Detalle del libro de artista, *El origen del fuego*, (2019). Litografía en seco, sellos: Kena Kitchengs.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

Water

It was a Maine lobster town—
each morning boatloads of hands
pushed off for granite
quarries on the islands,

and left dozens of bleak
white frame houses stuck
like oyster shells
on a hill of rock,

and below us, the sea lapped
the raw little match-stick
mazes of a weir,
where the fish for bait were trapped.

Remember? We sat on a slab of rock.
From this distance in time
it seems the color
of iris, rotting and turning purpler,

but it was only
the usual gray rock
turning the usual green
when drenched by the sea.

The sea drenched the rock
at our feet all day,
and kept tearing away
flake after flake.

One night you dreamed
you were a mermaid clinging to a wharf-pile,
and trying to pull
off the barnacles with your hands.

We wished our two souls
might return like gulls
to the rock. In the end,
the water was too cold for us.

Agua

Era un pueblo langostero de Maine:
cada mañana remesas de manos
zarpaban rumbo a las canteras
de granito sobre las islas

y dejaban docenas de lóbregas
casas de madera blanca
pegadas como conchas de mar
sobre una colina de piedra,

y por debajo de nosotros el agua
lamía el laberinto de tiernos maderos
que formaba la encañizada
donde se atrapan los peces para cebo.

¿Te acuerdas? Nos sentamos en una piedra.
A esta distancia en el tiempo
parece ser del color del lirio,
ahora que se pudre y se torna violeta,

pero era sólo
el gris habitual de la piedra
que cobra el verde de siempre
cuando se empapa de mar.

El mar empapó la piedra
todo el día a nuestros pies,
y no dejó de arrancar
una escama tras otra.

Una noche soñaste que eras una sirena
aferrada al pilar de un embarcadero
y te esforzabas por despegar
los percebes con la mano.

Deseábamos que nuestras almas
pudieran volver como gaviotas
a la piedra. Al final, el agua
resultó demasiado fría para nosotros.

Epilogue

Those blessed structures, plot and rhyme—
why are they no help to me now
I want to make
something imagined, not recalled?
I hear the noise of my own voice:
The painter's vision is not a lens,
it trembles to caress the light.
But sometimes everything I write
with the threadbare art of my eye
seems a snapshot,
lurid, rapid, garish, grouped,
heightened from life,
yet paralyzed by fact.
All's misalliance.
Yet why not say what happened?
Pray for the grace of accuracy
Vermeer gave to the sun's illumination
stealing like the tide across a map
to his girl solid with yearning.
We are poor passing facts,
warned by that to give
each figure in the photograph
his living name.

Epílogo

Esas benditas estructuras, la trama y la rima:
¿por qué no me sirven ahora
que quiero hacer
algo que imagine y no que recuerde?
Escucho el ruido de mi propia voz:
La visión del pintor no es una lupa,
se estremece por rozar con caricias la luz.
Pero a veces todo lo que escribo
con el arte raído de mi vista
parece una instantánea,
rápida, refulgente, agrupada, estridente,
más aguda que la vida
y, sin embargo, paralizada por la realidad.
Es un matrimonio desafortunado.
Pero ¿por qué no decir lo que pasó?
Rogar por la gracia de lo certero
que Vermeer le dio a la iluminación del sol,
sigilosa como la marea que cruza un mapa,
sobre su joven sólida de anhelo.
Somos pobres hechos pasajeros,
avisados por eso mismo de dar
a cada figura en el retrato
su nombre en vida.

JUAN CARLOS REYES. Adscrito al Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, El Colegio de México.

Recibido: 5 de febrero de 2022
Aprobado: 31 de agosto de 2022